

# Shanghái, la ciudad del futuro

MAURICIO VELANDIA

12 de julio, 2024

En nuestro conocimiento cultural de ciudades de China es fácil identificar a Beijín, conocida por algunos como Pekín. Sin embargo, existen otras urbes importantes en China, como por ejemplo la ciudad de Shanghái, que es una mole de cemento y parque verdes con más de 24 millones de personas; una cifra mayor que la totalidad de habitantes de Ecuador. En este recorrido por tierras de Oriente hoy llegó a la ciudad de Shanghái.

La historia de Shanghái es extensa y fascinante. Refleja la evolución de China y su interacción con el mundo exterior. Sus restos arqueológicos datan de hace más de 6,000 años. Shanghái inicialmente fue un pequeño pueblo de pescadores y tejedores, que comenzó a crecer debido a su condición de puerto natural. Poco a poco se consolidó como un importante centro de comercio. En parte de su historia se tiene que esta ciudad adelantó concesiones a algunos países de territorio de la ciudad en busca de protección o apoyo, existiendo áreas de la ciudad controladas por británicos, estadounidenses y franceses, las cuales tuvieron en esas áreas sus propias leyes y administraciones, así como arquitectura propia, como por ejemplo el barrio francés. Esto convirtió a Shanghái en una ciudad cosmopolita y un importante centro financiero y comercial en Asia, que le permitió ser llamada por algunos como "El París del Este". Durante la Segunda Guerra mundial Shanghái fue ocupada por las fuerzas japonesas hasta el año 1945. En la época de Mao la ciudad perdió algo de esplendor comercial que la acompañaba. Fue para 1980 a 1990, bajo las políticas de reforma y apertura de Deng Xiaoping, que Shanghái experimentó un crecimiento fuerte y futurista que hoy se huele por donde se camine.

Pues bien, bajo este periplo por Oriente hoy he llegado, de nuevo, a la ciudad de Shanghái. Visité esta ciudad antes de pandemia y por el afán de los viajes recordaba poco de ella, o por lo menos eso creía. Un aeropuerto fácil de llegar. Para esta parte de mi viaje, por cuestiones de idioma decidí buscar un guía personal para algunas ciudades. Mis amigos que viven acá me recomendaron hacerlo de esa manera dado que hoy en día para entrar a muchos lugares emblemáticos se requiere de permisos del gobierno que son entregados por internet, controlando la afluencia de gente, los cuales solo pueden ser obtenidos en idioma chino. Es verano y el sol es grande. Mi guía me recoge en el aeropuerto con un letrero, pero al verme me reconoce por fotos que ha googleado. Su nombre occidental es Francisco, pero su nombre chino es Chen Hang, el cual lógicamente no se pronunciar. Es común

que las personas de China tengan un nombre occidental y un nombre oriental, siendo diferentes dichos nombres.

Francisco, después de recibirme toma confianza, raro en China, y se convierte rápidamente en alguien cercano. Me cuenta que nació en China en la política anterior de hijo único, bajo la política anterior de que una familia solo puede tener un hijo, explicándome que hoy en día ya es posible para las nuevas parejas tener dos hijos. Le pregunto por qué sabe español tan bien y me cuenta que vivió 6 años en argentina, tres en Colombia y dos en México, lo cual genera toda una sopa antropológica para mí, y entiendo la razón por la cual habla sin parar. Francisco tiene ahora 39 años. En el corto camino al hotel me indica que adelantaremos una agenda fuerte en estos días y que es mejor ir ya a dormir al hotel. Llegó al hotel. Siguiendo recomendaciones anteriores, donde me advirtieron que las comunicaciones acá son muy complejas, prendo mi computador y abro mi VPN. La aplicación la bajé antes de llegar a China y es una aplicación bajo la cual puedo tener acceso mi cuenta Google de correo electrónico, Whatsapp, y al buscador Chrome. Necesito todo esto para seguir como nómada digital por este viaje sin afectar mi trabajo. La verdad las comunicaciones no son tan buenas. China tiene una política, ya hace un par de años, por la cual su sistema de comunicación es WeChat y su buscador de internet es Baidu, los dos en idioma chino, lo demás está bloqueado, lo cual es una barrera para mí. Me preocupo. Pero el hotel tiene una buena señal y entre computador y celular me siento cómodo para trabajar.

Amanece temprano. A las 4 y 30 a.m. el día ya está claro. Desde la ventana de mi hotel se observa el edificio la “Perla del Oriente”, la cual es el edificio que en fotos identifica a Shanghái. Allí funciona la torre de televisión, siendo una de las estructuras más icónicas de la ciudad y se encuentra en el distrito de Pudong, junto al río Huangpu. Su construcción comenzó en 1991 y se completó en 1994. Es un edificio flaco, alargado en altura, con una bola rosada grande en sus últimos pisos, la cual hace ver a Shanghái como la ciudad de los supersónicos que veíamos en televisión. Y de verdad que así es.

Mi guía me tiene todo un plan de visitas, mientras me cuenta de su propia vida. Me lleva al Jardín Yu (Yu Garden), también conocido como el Jardín Yuyuan, construido durante la dinastía Ming, entre los años 1559 y 1577, por el oficial imperial Pan Yunduan. Son construcciones de color morado con gris al estilo Chino. Es un lugar de contemplación. El barrio antiguo me deja completamente sorprendido, nunca había visto algo así tan armónico. Una de las placas explica que el jardín fue abierto al público

En el año 1961. Quedo cansado de caminar y ver tanta casa antigua, arboles, salas, pasado, me deja con sueño. Quiero ir al hotel, debo trabajar.

Al siguiente día visito el malecón de Shanghái, conocido oficialmente como el Bund. Es una franja costera en el centro de Shanghái. El Bund alberga bancos, empresas comerciales y consulados extranjeros a lo largo de la orilla occidental del río Huangpu. En el camino me encuentro edificios largos en su ancho que abarcan cuadras enteras de estilo europeo, reflejando las influencias arquitectónicas de países como Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia en una parte de la ciudad. La multitud de gente es parecida a cuando se sale de un estadio de futbol. La cantidad de personas ya son suficiente para mí. Prefiero ir a la torre de Radisson y ver la ciudad desde arriba. Pienso que los pájaros nos deben ver como hormigas, desde arriba se ve a todo mundo en fila y caminando de forma miedosamente sincronizada.

Devuelta al hotel le digo al guía que quiero ver algo de IA en la ciudad, pues pienso que debe ser muy avanzada. Le explico tanto lo que quiero que él decide sacar su carro personal y darme una vuelta. La verdad quedé mudo. En Shanghái existe por toda la ciudad una carretera de segundo piso. Este carro en el cual me subí se maneja solo en esa carretera. Tiene cámaras por todos los ángulos que permiten ver qué pasa adelante, atrás y a los lados. Su timón se mueve solo ante mi asombro. Además, si transita por debajo de la carretera en la pantalla aparece sincronizado con todos los semáforos de la ciudad. Su placa es verde dado que es eléctrico y me dice que tiene un valor de 30 mil dólares. Finalmente me doy cuenta de que el conductor habla permanentemente con el vehículo y este le responde. Es la ciudad del futuro, sin duda.

Le pregunto a Francisco por su religión. Me dice que es ateo. Me explica que en China se cree en lo que diga el Gobierno y que a él eso le parece bien, en la medida que a China le vaya bien. Pasó la semana. Todo fue muy rápido por acá. Shanghái me dejó completamente asombrado. Mañana salgo para Xi'an, la ciudad de los soldado terracota.